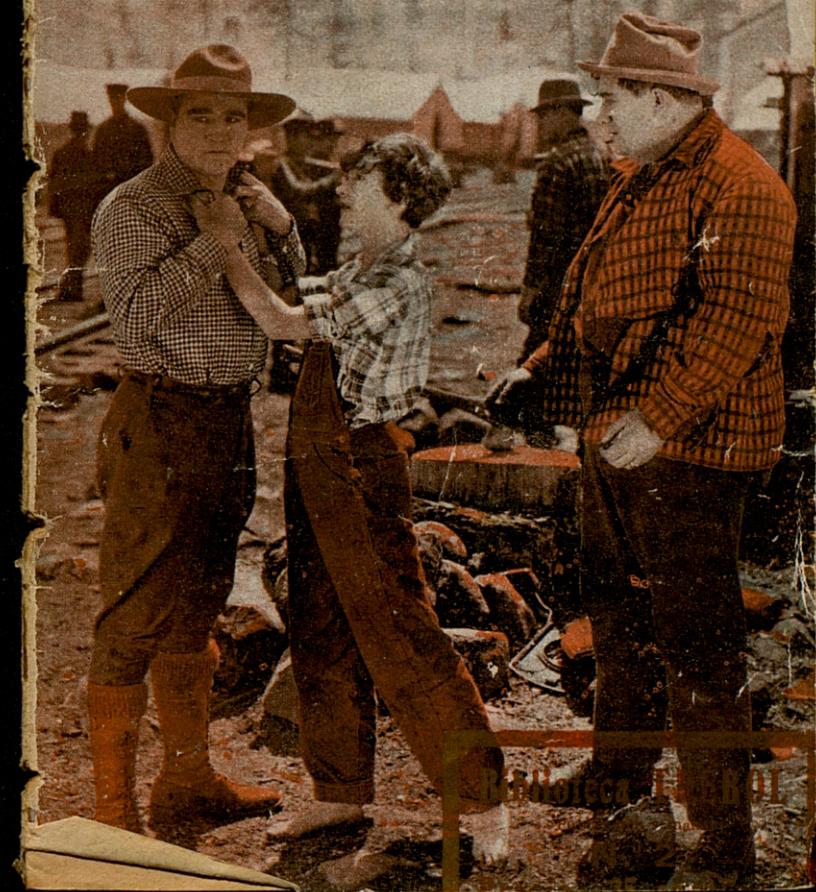


EL PODER DEL QUE ES HONRADO

POR

WILLIAM DESMOND



Biblioteca F. M. B. II

CRAFT, William J.

BIBLIOTECA TRÉBOL

EL PODER DEL QUE ES HONRADO

(Big Timber, 1924)

Adaptación literaria de la película del mismo
título interpretada por WILLIAM DESMOND
y OLIVE HASBROUCK

por
D. F. VALLS

Exclusiva : HISPANO AMERICAN FILMS
Valencia, 233 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL PODER DEL QUE ES HONRADO

I

La región del Noroeste de los Estados Unidos encierra una considerable fortuna con las maderas excelentes de sus bosques vírgenes, donde los intereses de las grandes Compañías luchan continuamente para poseicionarse de las mejores maderas del mundo.

Entre estas Compañías figuraban la de Maderas de Frazer y la Pino Amarillo.

Al frente de las brigadas respectivas de obreros figuraban los capataces Juan Daly, por los de la Frazer, y Federico Hampdem, por los de la Pino Amarillo.

* * *

Cierta mañana, a consecuencia de que uno de los árboles cortados, dentro el perímetro de la Compañía Frazer, por los obreros de la Pino Amarillo, fué motivo de uno de tantos altercados.

No era la primera vez que la intromisión de los obreros de Hampdem cometían a sabiendas este atropello a los intereses de Frazer... y no sólo eso, sino que con arteras maniobras venía el capataz Federico abusando

de la buena fe del de la Frazer, el buen Daly, arruinando poco a poco a la Compañía de éste.

Hampdem contempló con gesto de ironía este nuevo atropello a los intereses ajenos...

Juan Daly se había dado cuenta y se acercó al cínico capataz.

— ¿Por qué razón habéis ordenado cortar este corpulento pino?

— Porque a mí me ha convenido así, Juan— contestó con desenfado provocativo Hampdem.

— Este trozo de bosque pertenece a mi Compañía... Y « usted lo sabe mejor que yo » — añadió Juan, recalcando estas palabras.

— ¿Qué quieres decir con esto?

— ¡Que estoy harto de tus fechorías, Federico!... ¡Esto se ha de acabar de una vez!

— ¡Cuando quieras... valiente!

A las voces dadas por los capataces se habían reunido los operarios de los bandos respectivos, que atraídos por su instinto perverso empezaron, con palabras absurdas, a incitar a uno y a otro a que se pelearan.

Efectivamente, faltando a uno y otro razones más convincentes, empezaron a puñetazo limpio los dos capataces, convirtiéndose en breve en una sarracina general, que el mutuo cansancio de todos ponía fin con contusionados por ambas partes... y ¡hasta otra!

La excesiva bondad del gerente de la Compañía Frazer, Eduardo Frazer, le había captado una gran simpatía de los hombres de sus bosques.

II

Entre los comerciantes y la alta sociedad neoyorquina causó gran sensación la siguiente noticia publicada en toda la prensa :

Eduardo Frazer se suicida

« El conocido comerciante en maderas del Noroeste, Eduardo Frazer, víctima de dificultades financieras, ha atentado contra su vida.

Walter Sandry, hipotecario de la Compañía, toma a su cargo la dirección de la misma ».

Popea Ordway era una linda redactora de sucesos de uno de los rotativos más importantes de Nueva York, y cuya clara inteligencia le había dado una sólida reputación periodística.

Al ver en la prensa de la mañana la noticia del suicidio de Frazer, su intuición le hizo sospechar que en este acto de cobardía e impotencia humana — que es un pecado contra el Creador que nos dió el alma y la vida, cuando se hace con sangre fría y premeditación, o bien acto de locura la mayoría de las veces, inmoral, no obstante, siempre —, había algo de misterioso, por lo que se dirigió a su Director.

— Señor Director : Estoy convencida que el suicidio de Frazer lleva envuelto algún suceso misterioso... ¿No le parece que hay materia para un artículo sensacional?

— ¿En qué se funda usted?

— Porque me une buena amistad con Walter Sandry y conozco a Whitby, presidente de la Compañía Pino Amarillo.

Quedó autorizada para llevar a cabo su información.

Por la misma noche tomaba el tren en dirección al Noroeste.

* * *

El nuevo gerente de la Compañía Frazer, Walter Sandry, era un joven honradísimo y simpático, que en lugar de ser el hipotecario usurero de Frazer, había sido su colaborador y amigo fiel.

En la Compañía Frazer, o mejor, en el campamento de las brigadas de esta Compañía, se sabía ya la próxima llegada de su nuevo propietario.. Pero sólo Juan le preparaba un buen recibimiento.

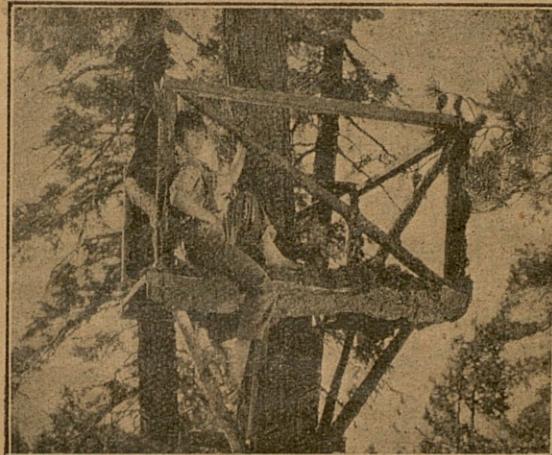
Es que Hampdem había propalado las más absurdas calumnias contra el nuevo gerente, pues veía en su llegada un peligro inminente en sus trapicheos.

En la choza de Juan Daly está su buena madre, « Mamá Daly ».

Estaba contemplando cómo su hijo Juan se arreglaba el peinado y cuidaba de sus ropas.

— ¿Te estás arreglando para ver a la novia, hijo mío? — le dijo con aire alegre y cariñoso.

— No, mamá. Me arreglo para recibir al nuevo amo.



Tenía su atalaya en lo alto de un pino

Entretanto continuaba Hampdem su obra para ahondar antagonismos entre las dos Compañías, con los obreros de ambas, de cuya voluntad, con su procáz osadía, se había adueñado.

Se le acercó un obrero y le entregó una carta de las oficinas de Pino Amarillo, que abrió y leyó rápidamente.

Entre otras cosas le decían : « Cuando Walter Sandry llegue a esa, que se empiecen a cumplir mis instrucciones, y usted ponga de su parte todos los medios para conseguir su ruina. S. S., Jason Whitby.— Presidente de la Compañía Pino Amarillo. »

Y añadía :

P. D. — « La señorita Popea Ordway está escribiendo un artículo sobre la industria forestal y visitará ese campamento en breve. Facítele datos y tenga con ella toda clase de atenciones ».

Luego, dirigiéndose al obrero, preguntó Federico :

— ¿Ha venido algún forastero en el tren?

— Sí... precisamente ha llegado una muchacha muy bonita, que espera a usted en el hotel.

* * *

En el campamento de las dos Compañías vivía como jilguero alegre y juguetón una bella flor silvestre, una rosa de quince a diez y seis años, llamada Nelly O'Hara. Era la niña mimada de todos, que vivía con plácida vida de libertad entre los árboles del bosque...

Esta joven había sido adoptada por Mamá Daly, cuando un árbol cayó sobre su infeliz padre dejándola huérfana. Juan la quería como a una hermana.

El retiro favorito de la graciosa Nelly estaba construido en lo más alto de un pino... Allí se había construido una atalaya por la que subía con una rústica escalera y en la que podía trinar con los ruiseñores y compartir con ellos su juguetona alegría...

Hacía poco que había subido cuando vió llegar a Federico Hampden en dirección hacia

el lugar donde se hallaba ; queriendo divertirse a su costa, la joven cogió unas pequeñas piñas y en cuanto pasó por debajo se las tiró.

Por el mismo sendero venía a caballo Walter a posesionarse de su cargo.

Llegó allí y también fué obsequiado por Nelly con la misma broma...

En aquel momento, dándose Federico cuenta de dónde partía la agresión, cogió una piedra para tirarla con ira contra la joven. Mas impidiósela Walter, sujetándole mientras le decía :

— Guarde sus fuerzas para empresas mayores.

Federico reconoció en el joven a su nuevo enemigo, y en espera de mejor ocasión fingió convencerse y se alejó, dándole una significativa mirada de odio y de desprecio.

Walter se dirigió entonces a la joven que, amedrentada, había bajado del árbol, la cual no se atrevió a decir una palabra al viajero.

— ¿Usted cree que se recibe así a un forastero?

— Lo siento... quería divertirme un poco — se atrevió a replicar Nelly, poniendo en su rostro una expresión de sinceridad y coquetería silvestre que encantaron a Walter.

— Otra vez será usted severamente castigada... Sobre todo si tira piñas — añadió con una sonrisa en los labios.

— ¡Oh!, no volveré jamás, señor.

— Así seremos, pues, buenos amigos...
¿Cómo te llamas, chiquilla?

— Nelly O'Hara. Soy huérfana y habito en la choza de Mamá Daly.

— ¿Está muy lejos de aquí esa choza?

— Unos cien metros, señor.

— ¿Quieres acompañarme?

— Sí, señor; con mucho gusto. ¡Como no!

— Pues sube a caballo.

Nelly no se hizo repetir la orden; de un brinco subió a la silla. Y conducida la caballería de lasbridas, por Walter, se dirigieron hacia el lugar indicado, mientras la joven, con ingenuidad picaresca, había comenzado una charla amena y agradable.

III

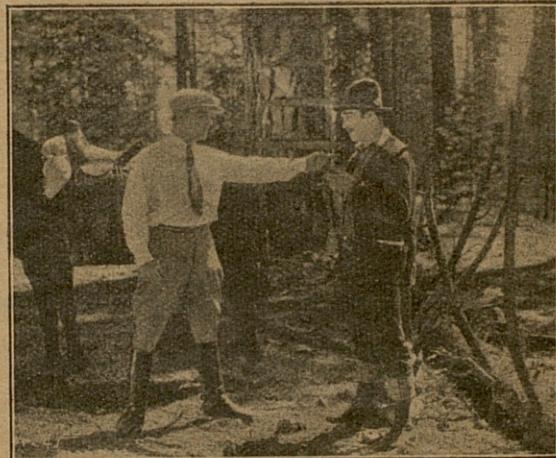
Federico, rústicamente acicalado, se presentó en el hotel donde Popea Ordway le esperaba.

Quedó perplejo ante la belleza de la joven neoyorquina.

Después de unas breves palabras de salutación, dijo a Hampden la joven:

— El señor Whitby me dijo que era usted un perito en la materia y que me ayudaría en mis trabajos.

— Señorita, aunque sea inmodestia, conozco el negocio de maderas y el campo como el primero. En cuanto a prestarle mi ayuda disponga absolutamente de mí; además, esta orden he recibido hoy por carta.



Guarde sus fuerzas para otra empresa

Y como prueba de sus palabras enseñó la carta a la joven, que rápidamente leyó las últimas líneas antes de la posdata... Disimuló, pero se puso sobre aviso.

— Está bien. Así podré empezar pronto mis trabajos...

Sandry se presentó en el campamento, y dirigiéndose a Juan le manifestó:

— Soy Walter Sandry. Supongo que sabrá que me hago cargo de todo esto. A usted ya le conozco; es Juan Daly y tengo buenas referencias suyas...

— Tanto gusto, señor Sandry — y le encajó la mano efusivamente.

— Bien. Tú continúas en tu puesto... ¿Cómo se anda por ahí?

— Le seré franco. Los hombres querían mucho a Frazer... Temo que no vean con buenos ojos al nuevo propietario.

— Que se acerquen. Tengo gusto de hablar con ellos.

Una vez estuvieron reunidos, Walter les dijo :

— Amigos... No vengo en plan de explotarles a ustedes, muy al contrario ; quiero que mis trabajadores estén siempre...

Una voz le interrumpió :

— Pa sermones, el cura.

Era uno de los comprados por Federico, pero Walter no se amedrentó.

— Juan... ¡Despida usted a ese hombre, ahora mismo!

— No se moleste — replicó el aludido con cinismo —, me despido yo —. Y añadió mientras se separaba del corro : — ¡Compañeros!... Este que viene predicando, dentro de un mes os mandará a latigazos.

El grupo se deshizo como por encanto. La obra de Hampdem empezaba su camino.

Walter conoció a la gente que debía tratar y dijo al capataz :

— ¡He de conseguir que me quieran y respeten!

— ¡Ojalá, señor Walter! — dijo Juan, alejándose.

Entonces se le acercó tímidamente Nelly.

— Esta gente no tiene ojos... Con verle a usted la cara, se sabe que es buena persona...

— Según el talento de cada uno. Yo también veo en ti que eres una muchacha lista.

Desde aquel día empezó a establecerse una fuerte corriente de simpatía entre Nelly y Walter...

Al poco tiempo, los obreros pudieron convencerse de que Nelly tenía razón ; amaban al nuevo patrono y le respetaban... pero no obstante, el rendimiento en el trabajo no se veía aumentar.

Para conseguir sus fines tuvo Hampdem que redoblar sus trabajos, para tener su gente dominada.

* * *

El tiempo transcurrió, y la periodista continuaba fingiendo estudiar la industria forestal, pero en espera de adquirir nuevos detalles.

El capataz Federico, que había formado sus proyectos sobre la señorita Popea, ponía cuidado en que sus pasos fuesen todos dirigidos por él ; así, pues, no la dejaba un solo instante, acompañándola en sus excursiones.

Sentados ambos en unas rocas cercanas a un río que corría vertiginosamente, exclamó Popea, como arrobrada por el espectáculo, rehuyendo la conversación insinuante y expresiva de la insana pasión de Hampdem :

— ¡Qué país más hermoso!
— ¡Oh, sí... como, como... usted! — se atrevió a decir el capataz, intentando coger

entre las suyas la mano enguantada de la joven.

Ella, disimuladamente, esquivó el contacto y la mirada llena de lujuria salvaje del inmundo capataz...

— ¿Vamos paseando hacia la otra parte?

— Vamos — contestó él, intentando acallar la pasión que descubríase impetuosa...

En la otra parte del bosque se hallaban Walter y Nelly, platicando amistosamente.

— ¡Cuidado, patrón, que cae un árbol!

Los dos se retiraron al instante, y el árbol corpulento caía con estrépito cerca del lugar donde ellos estaban.

— ¡Qué ruido! — exclamó Walter.

— El ruido que hace es semejante al de un trueno, ¿verdad, señor Walter?

— Sí, tienes razón.

— Cuando yo era pequeñita creía que los truenos eran producidos por árboles que caían al suelo, y me halagaba pensar que mi padre estaba allí arriba y me mandaba con ellos besos muy fuertes...

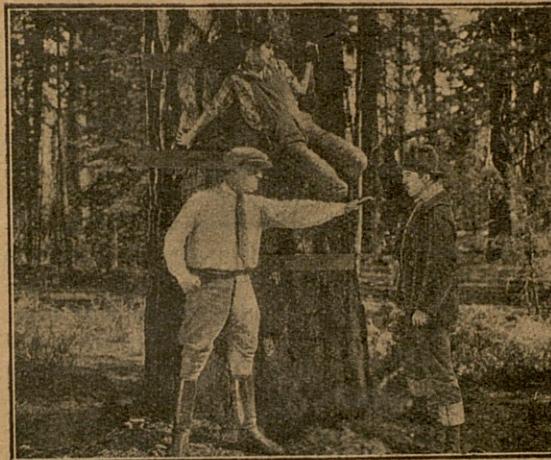
— ¿Sabes, pequeña, que pareces un poeta en tus descripciones?

Intentó entonces tocarle la barbilla, lo que Nelly evitó corriendo.

Y ambos empezaron a perseguirse como dos chiquillos, llegando cerca de la orilla del río.

Allí estaban silenciosos Popea y Federico.

— Buenos días, Walter — saludó con alegría la joven neoyorquina.



Se alejó dándole una significativa mirada de odio

— ¿Usted por aquí, Popea? — interrogó con cierta contrariedad Walter.

Popea hizo ademán de presentar a Federico; pero Walter le atajó, diciendo:

— No es necesario presentación... El señor Hampdem y yo nos conocemos... En cambio, Popea, le presento a Nelly, la muchacha más simpática, bella y libre como un pajarito, de cuantas están por este contorno.

Nelly sintió un deje de amargura ante aquel encuentro... ¡Si ella hubiera podido vestirse de princesa, para ser superior a la neoyorquina!... ¡Pero ella vestía como un chiquillo y descalza!

Cuando se alejó Popea preguntó tímidamente a Walter :

— ¿Hace mucho tiempo que conoce a esta señorita?

— Sí, chiquilla, muchos años... ¡Pero no me interesa para nada! — añadió involuntariamente, como excusándose ante Nelly.

En cuanto ésta llegó a su casa sintióse desgraciada, y preguntó con amargura a Mamá Daly antes de acostarse :

— Tú que lo sabes todo... ¿Por qué tiene esa mujer que va con Hampdem unas ropas tan bonitas?...

— Hija mía, porque tiene dinero..

Nelly se retiró aquella noche llena de amargura, sin saber por qué; y al acostarse en el establo en su lecho de paja, junto a un caballo juguetón, le acarició diciéndole :

— Amigo mío... Tú no comprenderás mi pena... tú no sabes lo que son vestidos... ni dinero... ni quién es el señor Walter...

* * *

Como le invitara, en la entrevista del río, Walter fué al hotel para visitar a Popea, en visita de cortesía, llevándole unos dulces y vistiéndose como en Nueva York..

Por su parte, Popea, se alegró infinito de reanudar las relaciones amistosas con Walter. Al fin era un buen mozo... y un excelente partido ; así es que le recibió con toda coquetería...

— Le hago los honores — dijo Walter — como si la visita fuese en un gran hotel de Nueva York.

— Así le vi siempre... tan atento... ¿Cómo es que no ha venido antes a verme?

— Nunca pensé encontrarla aquí. ¡Hay tan pocas noticias en estos bosques!...

— Walter... Siempre he sentido lo mal que me porté contigo... Espero que seremos buenos amigos ; aquello sabrás perdonarlo, ¿verdad?

— Yo olvido pronto las cosas — contestó Walter —. Y como prueba de ello le estampó un beso en las manos.

Ella iba a recoger esta primicia de un idilio nuevo, cuando llamaron a la puerta... Entró Federico Hampdem... quien echó una mirada de odio a Walter... Este se despidió... El capataz, que no iba para perder tiempo, empezó su conversación de esta forma, que aterró a Popea...

— ¡Estoy loco por usted... quiero... es necesario que sea mi esposa!...

— Pero, Federico... ¿Qué se ha creído de mí?

— Seré todo lo rico que yo quiera... y esa riqueza será suya... — continuó fuera de sí.

— ¡El amo no puede negarme nada... no puede atreverse a negarme nada!...

— ¿Y por qué, Federico? — preguntó Popea, viendo en ello la trama que buscaba para su información.

— Porque poseo unas cartas ; y si estas cartas en manos de Walter tendrían a Whitby en su poder... valen lo que yo quiera pedir por ellas.

— Déjeme verlas, Federico... En ellas quizá encuentre nuevas ideas para el artículo que estoy escribiendo sobre la vida en estos campamentos...

— ¡No es posible, Popeal... ¡No es posible!...

— Entonces aléjese de mí. No le necesito para nada.

— Bien. Pues adviértale a su amigo Walter que tenga cuidado de ponerse delante de mí... De lo contrario no respondo de lo que pase...

Y se alejó murmurando un juramento de venganza contra ambos amigos.

IV

Desde la llegada del nuevo propietario, si bien no se habían producido nuevos altercados, el trabajo no adelantaba, sin saber Walter la causa a qué atribuirlo.

Los árboles cortados quedaban días y días sin moverse del suelo donde habían caído. Nunca había gente suficiente para estibarlos y ponerlos en los vagones del tren.

Aquella mañana, contemplando la extensión del terreno sin adelanto en el trabajo, Walter se lo enseñaba a Juan Daly.

— A este paso no podemos cumplir el último contrato : ni un sólo tronco se ha mo-



— *Le presento a Nelly... la más simpática joven*
vido de su sitio, mientras la Compañía Pino Amarillo está cargando un vagón tras otro...
¿A qué obedece esto?

— ¿Quiere saber la causa? Pues bien, se lo debo decir : La gente cree que usted en-

gañó a Frazer y que por su culpa se suicidó...

— ¡Esto es una infamia!

— Lo sé, señor... Yo he tratado de convencerlos de semejante falsoedad; pero ellos sólo dan oídos a Hampdem, que fué quien divulgó la noticia... Y perdón lo haya dicho.

— Al contrario, hombre, te lo agradezco. Voy a entrevistarme con ese embustero, y ten la seguridad de que no van a quedarle ganas de decir palabra.

Llamó Juan a sus hombres, y siguieron a Walter; éste se dirigió hacia el lugar donde se encontraba Hampdem.

— Tengo entendido que está usted mintiendo a mi gente. Y voy a tener el gusto de hacerle tragar estas mentiras. Soy un hombre suficientemente honrado para no temerle.

Y así diciendo se descubrió los brazos, enseñando unos soberbios puños.

Federico, imitándole, contestó mientras echaba al suelo la americana conteniendo la cartera...

— Eso está muy pronto dicho, Walter... ; pero no se hace tan fácilmente.

Todos los obreros del bosque se hallaban congregados, con gran expectación.

Empezó una lucha a puñetazo limpio y abrazos de odio... Ahora caía Federico, ahora Walter... Todos los presentes, con alaridos, les incitaban a pelear duramente. Era una manera muy al estilo Nordeste de arreglar cuestiones : el que vencía tenía razón...

Entre los espectadores estaba Popea, que, como buena reporter, no perdió el tiempo y aprovechó la ocasión para informarse debidamente...

Cogió la americana de Federico y sustrajo la cartera, retirándose inmediatamente.

Nelly y Juan también presenciaron el duelo, y aquélla desde la piedra sobre la que estaba encaramada gritaba a cada puñetazo dado por Walter :

— ¡Bravo!... ¡Bravo!..

Al fin terminó el combate con la más vergonzosa derrota de Federico...

Entonces exclamó Walter :

— ¡Fijarse el pago que tienen los embusteros!...

— Sí, sí, ya lo vemos — contestaron los obreros —. Es usted un valiente... Ahora vamos a trabajar de veras. Se lo merece. ¡Hurra por nuestro patrono!...

Y se pusieron a trabajar con ardor inusitado.

* * *

Terminado tan singular combate se acercó Nelly a Walter y le dijo señalando un pequeño hilillo de sangre en los labios :

— ¿Estás herido?

— No es nada... un pequeño rasguño —. Y con el pañuelo se lo iba a secar, pero Nelly se lo cogió, y con su diminuta mano se lo pasó cuidadosamente por la herida.

— Veo que tienes mucho interés por mí...

— Es que yo... le aprecio... señor Walter... Iba a continuar, pero se dió cuenta de que Popea la estaba mirando... ¡y sintió celos!

— Vamos, tontuela, yo también te aprecio... y ¡te amo!

Habíanse descubierto uno a otro... ¡Se querían!

* * *

Popea había conseguido tener las cartas en su poder, y estaba disponiéndose en su cuarto a partir cuando más segura estaba de aprovecharse de ellas... Por la ventana penetró la sarcástica figura de Hampdem. Se dirigió a ella amenazador...

— No me figuraba que fuese usted tan lista... Pero vengo por las cartas.

Se desarrolló entonces una escena de terrorífica violencia. Un jarrón fué a dar sobre la cabeza de Federico. Logró al fin Popea tirar la cartera por la ventana y saltar por ella, perseguida por Hampdem, mientras le decía así en la lucha :

— ¡En cuanto termine con usted, iré a entendérme las con su amiguito Walter... Para este también guardo lo suyo...

— Con Walter no se atreve... Sabe por experiencia que tiene los puños muy duros...

— Si no se trata de puños...

Pero ya no pudo añadir más. Ella había saltado ya la ventana.



— ¿Por qué tiene unos vestidos tan bonitos?

V

En tanto se había iniciado en el bosque de Walter un formidable incendio provocado por una mano criminal...

— ¡No hay tiempo que perder, Juan! ¡El incendio se propaga con demasiada rapidez!

— ¡Eso es provocado, señor!... ¡Se incendia el bosque por sus cuatro costados!

El fuerte viento hizo pronto que el fuego adquiriera proporciones gigantescas. No obstante Mamá Daly y Nelly trajeron algunos alimentos a los operarios para reanimarles.

Nelly puso en labios de Walter una taza de buen brebaje. Y Walter instintivamente puso unos besos en aquellas manecitas de muñeca.

— Mira con disimulo, Juan — dijo a su hijo, señalando a los jóvenes.

— Lo veo madre, lo veo — dijo con melancolía...

El también amaba a Nelly.

— Tenemos que huir inmediatamente. El fuego nos rodea — dijo un obrero acercándose a Walter.

Este ordenó que marcharan las mujeres.

¡Por último recurso... la dinamita! Esta era la solución más heroica : volar parte de la tierra y aislar el fuego.

— Si podemos volar esta faja de tierra a todo lo largo, es posible cortar el fuego — dijo Walter.

Los hombres ejecutaron la orden. Todos corrían apresuradamente por el bosque, y con palas pegaban contra las matas...

La dinamita fué colocada y la franja de terreno se abrió. Pero el fuego seguía por otro lado...

— ¡Más dinamita!... Yo subo a esta atalaya. Y Walter subióse a la atalaya de Nelly.

* * *

El amor suele coincidir muchas veces.

Nelly y Popea coincidieron también en salvar al hombre qué amaban.



Llamó Juan a su gente

Nelly había subido a caballo para así atravesar las llamas más rápidamente en caso de peligro por parte de Walter, y se dirigió al bosque incendiado.

Por otro camino corría también Popea para avisar a Walter del peligro que pudiera correr por la amenaza de Federico.

El fuego y el humo impedían a una y a otra orientarse.

Casualmente se encontraron juntas las dos rivales.

— ¿Dónde va usted? — preguntó Nelly.

— Quiero avisar a Walter... Hampdem anda buscándole y temo le haga alguna fechoría.

— Yo también le busco. Está entre las llamas...

— Déjeme subir y lo hallaremos juntas.

Un impulso de celos hizole rechazar de momento a su rival, pero el mismo sentimiento que a las dos impulsaba le hizo acceder... Popea también montó en el caballo.

Aunque seguían rápidamente todos los senderos del bosque, no hallaban al joven.

Este se encontraba encaramadamente en lo alto del pino, dirigiendo la operación.

— ¡Poned explosivos en toda la línea, Juan! Antes de que explote quiero echar una mirada desde esta atalaya.

Juan obedeció alejándose de su patrono...

Las jóvenes corrían un peligro inminente... Amenazadas por las llamas constantemente, y el humo tapándoles los ojos, seguían no obstante su marcha llenas de esperanzas.

Federico descubrió al fin donde se hallaba Walter, y colocando una mecha de dinamita en el pie del árbol, encendiola exclamando :

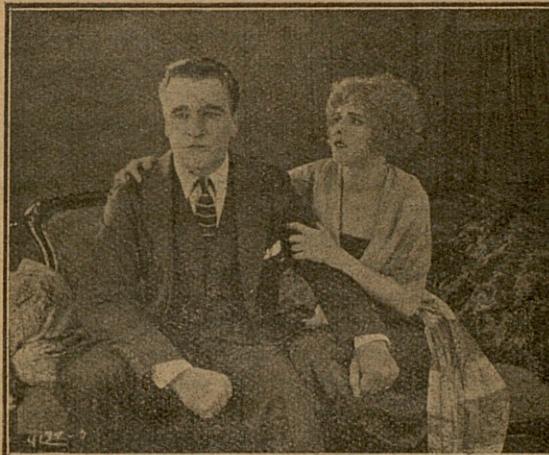
— ¡Ahora sabrás quién es Hampdem!

Y se deslizó como una sombra maléfica entre las llamas y la confusión.

No tardó en estallar la dinamita. El árbol de Walter se balanceó rápidamente... El joven asióse de una rama... y cayó en el lago cercano.

Popea y Nelly oyeron el estruendo y corrieron alocadas sin dirección fija.

Walter, excelente nadador, se salvó a los pocos instantes de su caída.



— ¿Qué te parezco ahora, Walter?

Al salir del agua vió a las dos jóvenes que corrían desesperadamente, próximas a ser envueltas por las llamas.

Ellas también le vieron, y próximas a él, Popea bajó del caballo y corrió dando muestras de gran alegría...

— He corrido como una loca para salvarte del peligro...

— Gracias, Popea...

— Pero una humilde mirada de Nelly le hizo comprender cuál de las dos era la verdadera heroína... Popea prosiguió :

— Estas cartas pondrán en tus manos a la Compañía Pino Amarillo. Me cuestan su

trabajo tenerlas en mi poder... ¿No tendrá por ello una recompensa? — añadió con coquetería.

— Perdona, Popea; pero la recompensa que tú esperas no puede ser.

— Serás tan estúpido que te sacrificies por una mujer criada en los bosques?

— Criada en los bosques, sí; pero que ama sin interés alguno, Popea.

— Bien. Pues me guardo las cartas.

— Haz lo que quieras. Pero debo advertirte que es preciso que te pongas en salvo... Una tormenta caerá pronto sobre nosotros... ¡Vete, huye!...

Generosamente se le acercó entonces Nelly y le entregó su caballo.

— ¡Suba en él, Popea! Yo me quedo en el bosque... ya estoy acostumbrada a nuestras tormentas.

Emocionada por la generosidad de aquellos dos corazones se decidió al fin, y entregando a Walter las cartas exclamó mientras emprendía la marcha con el caballo :

— ¡Tenéis razón... sed felices!

* * *

No tardaron unos instantes sin que el cielo rasgara sus negros nubarrones.

Una lluvia torrencial inundó la selva, y a su influjo el fuego se apagaba lentamente...

Unos rayos contribuyeron a dar al espectáculo un matiz más tétrico.

— ¡Walter, tengo miedo!... ¡Temo por usted!

— ¿Y por qué por mí?

— Si le encontrara aquí Hampdem!...

— ¡No temas nada, chiquilla!

Efectivamente, no debían temer a nadie; acababa de iluminar con tétricos fulgores el bosque un rayo horriso...

Hacia ellos se acercaba cauteloso el vil Federico, pero aquel rayo le hizo detener... y para una eternidad en el camino de su vida...

Y al conjuro de una lluvia torrencial se apagaba lentamente el voraz incendio.

Pero al unísono aquellas llamas habían encendido con fulgores luminosos el fuego sagrado del amor en aquellos dos corazones nobles y honrados.

— ¿Sabes que ya no tengo miedo, Walter?

— Claro... como estás a mi lado...

— Ni siento frío.

— Ni yo, pequeña... ¿Sabes por qué de eso, gentil muñequita?

— No... es decir... quizá sí; pero no me atrevo a decirlo...

— Pues porque sentimos el ardor de nuestros corazones...

— ¿De veras, me ama usted?

— ¿Por qué has de dudarlo?

— Es... que... como yo voy descalza y soy tan pobre... y usted guapo y rico...

— Pero tienes un corazón de oro y una carita que parece un cachito de cielo, como dicen los castellanos.

— Bueno. Pues lo diremos a Mamá Daly, ¿verdad?

— Como tú quieras.

La tempestad había cesado entretanto y los dos se dirigieron a la cabaña de Juan.

Este y su madre se hallaban acongojados por ignorar el paradero de Nelly. En cuanto la vieron la interrogaron :

— ¿Qué, te ha sucedido alguna desgracia?

— Al contrario, Mamá Daly, al contrario — contestó con alborozo la joven.

Entró Walter con una cara de Pascuas admirable.

— Pero, patrono, ¿por qué ríe usted después de estas desgracias?... ¡Si ha perdido toda su fortuna!

— No, Juan, al contrario... he hallado un tesoro...

— ¡Un tesoro? — exclamaron a un tiempo madre e hijo asombrados —. ¿Y dónde está?

Walter, señalando a Nelly, les contestó:

— ¡Este es mi tesoro!

Juan no pronunció una palabra. Se puso en un rincón y por sus rudas mejillas resbaló por vez primera una lágrima... El también amaba a Nelly... pero no sabía decírselo...

Mamá Daly estrechó en sus brazos a la joven y le dijo con tristeza :

— Ahora nos dejarás... Tendrás ya vestidos.

— ¿Sí, Walter? ¿Tendré vestidos como los de aquella señora? — preguntó con ingenuidad la chiquilla.



La gente cree que usted engañó a Frazer

— Sí... Vestidos y riquezas.

— ¡Ya no me llamarás mamá ahoral — sollozó la buena madre de Juan.

— Al contrario — dijole Walter —. Ahora seremos tres que le llamaremos mamá : Juan, Nelly y yo, ¡porque yo no tengo madre!...

Al oír estas palabras, Juan se les acercó y musitó :

— Así, yo seré el hermano de usted?

— Sí, Juan ; pues como tal te has portado siempre conmigo.

La primera luz de la luna les sorprendió unidos en un fraternal abrazo.

Al día siguiente partían para Nueva York.

EPÍLOGO

Con los documentos entregados a Walter, éste comenzó una acción judicial contra la Compañía Pino Amarillo.

Tardó el pleito en resolverse algunas semanas, durante las cuales Nelly las aprovechó admirablemente para convertirse en una elegante mujer, vestida a la *dernier cri*.

Llegó por fin el día del fallo definitivo del Tribunal. Fué un verdadero fallo de justicia.

En vista de todos los detalles y atendiendo a todas las circunstancias, el Tribunal condenó a la Compañía Pino Amarillo a pagar una tan fuerte indemnización a Walter Sandry, que no tuvo más remedio que cederle todo el bosque, además de la crecida cantidad de dinero.

* * *

Terminado el pleito, salía un artículo sensacional en el gran rotativo *New York Herald*.

Se titulaba : « El misterio del Noroeste », y lo firmaba Popea Ordway.

Cuando Nelly y Walter fueron a visitarla y felicitarla por el éxito de la información, ella se limitó a sonreír y estrechándoles la mano les dijo :

— ¡Yo sé el valor de este éxito... sólo yo sé lo que cuestal...

Y se le escapó un suspiro...

FIN

1000

**DIRECCIONES DE ARTISTAS
CINEMATOGRAFICOS**

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores.

Precio de este interesantísimo libro : **UNA PESETA**

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.

SOMBRAZAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

PRECIO DE CADA TOMO : 60 CÉNTIMOS